



CAJA DE HERRAMIENTAS

MÚSICA Y ALABANZA

POR JAVIER GOMEZ

CAJA DE HERRAMIENTAS
Guía del Maestro

Visión Alcance 2020 © FADE

www.visionalcance2020.com



CÓMO DINAMIZAR LA ALABANZA

Una de las principales dificultades que encuentran los músicos y especialmente los líderes de alabanza es la falta de motivación que encuentran entre los hermanos reunidos para el culto. En lugar de tener a un pueblo motivado para alabar al Señor encuentran a menudo un pueblo apático y pasivo lo cual para ellos se convierte en causa de desánimo. La pregunta que nos hacemos es ¿cómo motivar a la alabanza? ¿cómo dinamizar el culto?

«Dinamizar» viene de *dynamis*, un término griego bien conocido y que en la Biblia está vinculado al Espíritu. En muchos contextos no religiosos se habla, por ejemplo, de la «dinámica de grupos». Ahora bien, en nuestro contexto cúllico, nunca mejor dicho, es donde podemos y debemos hablar con más propiedad de dinámica pero no como estrategia humana sino de una *dinámica del Espíritu*. Nuestras celebraciones no son simplemente reuniones religiosas. Todo lo que hacemos lo hacemos movidos por el Espíritu y conscientes de la presencia del Señor en medio de nosotros. Algunas cosas a tener en cuenta serían:

DEBEMOS SER REALISTAS. Sin duda, lo ideal sería que todos vinieran al culto a cantar alegres a Dios, a servirle con alegría y que entraran por sus puertas con acción de gracias (Sal. 100). Si todos los hermanos vinieran a los cultos llenos del Espíritu, llenos de gozo, de gratitud y de amor, nuestros cultos serían celebraciones entusiastas. Pero la realidad es muchas veces otra. Para muchos hermanos el tiempo de alabanza se convierte en el tiempo de su devocional personal. Pero aunque así sea no es tarea del responsable de alabanza hacer reproches a los que se reúnen. Su tarea es animar y no reprochar. El tiempo de alabanza debe ser un tiempo para entrar en la presencia del Señor y un tiempo de refrigerio. Muchos llegan con cargas, preocupaciones laborales, personales o familiares y lo que desean encontrar es un ambiente agradable de regocijo y de amor. Aquí es donde el ministerio de alabanza cumple una función importante.

EL MINISTERIO DE ALABANZA DEBE SER INSPIRADOR. El Salmo 133 nos hace ver lo agradable que es la reunión de los hermanos. «¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!» (Sal 133:1). El salmista usa aquí dos términos para describir la relación fraternal: *tobynáim*. El término hebreo *tob* («bueno») se usa en el AT para referirse a la felicidad. *Tob* se refiere a algo agradable, hermoso, bello. *Naím* expresa una relación de amistad, de amor fraternal, de afecto sincero. En la endecha que hizo David al conocer la muerte de Saúl y Jonatán los llama: «amados (*ajáb*) y queridos (*naím*)» (2Sa 1:23). *Ajab* expresa el afecto mutuo;

naím lo agradable de la relación. Toda la alabanza debe ser sumamente agradable y hermosa en una relación de afecto fraternal. *Naím* puede tener varios significados. Por un lado, representa lo agradable de estar en la presencia de Dios: «En tu presencia hay plenitud de gozo; Delicias (*naím*) a tu diestra para siempre» (Sal 16:11). El conocido versículo 3 del Salmo 135 que dice: «Alabad a JAH, porque él es bueno; cantad salmos a su nombre, porque él es benigno» parece que se refiere a Dios mismo pero es más probable que el significado del texto haga referencia al canto. Así lo traduce la NVI: «Alaben al Señor, porque el Señor es bueno; canten salmos a su nombre, porque eso es agradable» (Sal 135:3). Y también se hace referencia a los instrumentos musicales: «Entonad canción, y tañed el pandero, el arpa deliciosa (*naím*) y el salterio» (Sal 81:2). Nuestra alabanza a Dios debe tener esta característica. No se trata tan solo de cantar canciones hermosas sino que el espíritu con el que lo hacemos debe ser agradable y hermoso en un ambiente de unidad. «Alabad a JAH, porque es bueno cantar salmos a nuestro Dios; porque suave (*naím*) y hermosa (*navé*¹) es la alabanza» (Sal 147:1). En resumen, *Naím* expresa lo hermoso y agradable como característica de nuestra alabanza pero también la característica del que dirige la alabanza, de los que tocan instrumentos y, en definitiva, del ambiente de unidad y fraternidad de los que se reúnen a alabar a Dios.

NO MONOPOLIZAR. El líder de alabanza debe tener una actitud agradable hacia los presentes. Debe ser *naím*. A David se le llama «el dulce (*naím*) cantor de Israel» (2 Sam. 23:1). Pero debe entender que no debe monopolizar la reunión. La reunión se monopoliza cuando siempre tiene el protagonismo, cuando siempre se está dirigiendo a la congregación con textos o testimonios personales. El líder debe dejar lugar a que los reunidos expresen su alabanza y gratitud a Dios. Su función no es acaparar todo el tiempo sino promover la alabanza del pueblo. El tiempo de alabanza es el tiempo no sólo de cantar sino de la participación activa de los miembros. (1 Co)

FLEXIBILIZAR LA ALABANZA. Otro aspecto a tener en cuenta para dinamizar el tiempo de alabanza es *mantener la flexibilidad del tiempo de alabanza*. Los creyentes no tenemos instrucciones en la Biblia para saber cuánto tiempo hemos de dedicarle al canto. En la iglesia primitiva probablemente no le dedicaban tanto tiempo como hacemos nosotros. Quizás un coro o dos. Nuestras formas litúrgicas actuales son las que nos han creados unos problemas que no tenían en las comunidades primitivas. Nosotros tenemos la libertad de decidir cuánto tiempo le queremos dedicar a la alabanza y nadie puede reprocharnos si está bien o está mal. Ahora bien, en nuestro contexto actual, se ha convertido en algo ya estereotipado el dedicar aproximadamente unos 45 minutos al tiempo de alabanza. Para muchos líderes de alabanza este tiempo puede ser eterno si no se toman medidas. Puede ocurrir que ya en el minuto 25 uno sienta que está de más seguir cantando y el problema viene cuando nos imponemos la obligación de terminar al menos en el

¹*Navé* significa bella, conveniente o hermosa: «Alegraos, oh justos, en Jehová; en los íntegros es hermosa la alabanza» (Sal 33:1)

minuto 45. Esta circunstancia puede suponer una carga para el que dirige. La solución de este problema vendría no solo aplicando lo que hemos dicho anteriormente referente a la oración y a la participación de los hermanos sino también acordando con el que preside la flexibilidad del tiempo de alabanza. La carga del culto no debe recaer sobre el director de alabanza sino más bien sobre el que preside. Pablo exhorta a que el «preside lo haga con solicitud» (Ro. 12:8). Presidir significa literalmente «estar delante». El que preside es el que está al frente, el que gobierna, el que cuida de que todo se haga de forma agradable al Señor. Dentro de sus funciones está no solo el cuidado pastoral de la iglesia sino también el cuidar de que el culto sea edificante y dinámico. El que está delante, el que preside el culto, es el que lleva la carga del mismo y debe tener la sensibilidad espiritual para dinamizar el culto cuando fuere necesario. Esto significa que si en el minuto 25 ya ha decaído el ánimo de alabanza con los cánticos entonces se debe de pasar a otra cosa. Él puede subir y orar o animar a la oración o incluso puede animar a seguir cantando. Su presencia al frente puede contribuir eficazmente a dinamizar el culto. No debe de esperar al minuto 45 cuando en el 25 ya está decayendo la alabanza.

DEJAR LUGAR A LAS ORACIONES. En las celebraciones cristianas deben de aparecer juntas la alabanza y la acción de gracias junto con las oraciones. Hemos visto que como Matanías, descendiente de Asaf, era «el que empezaba las alabanzas y acción de gracias al tiempo de la oración» (Neh 11:17). También vemos que había un director de alabanza cuya responsabilidad era dirigir a los cantores « para los cánticos y alabanzas y acción de gracias a Dios» (Neh. 12:46). El director de la alabanza debe contribuir a que se ofrezcan continuas acciones de gracias y para ello debe tener en mente que el tiempo dedicado a la alabanza no debe ser monopolizado exclusivamente con los cantos. Los cantos deben expresar nuestras alabanzas pero a los cantos deben de unirse las expresiones de gratitud del pueblo de Dios y la forma de hacerlo será a través de las oraciones. Por ello el director de alabanza debe incentivar la oración de los reunidos y dejar tiempo para que los hermanos puedan tener la libertad de expresar voluntariamente su alabanza a Dios. Si, como hemos visto, el ingrediente fundamental de toda verdadera alabanza es la acción de gracias entonces hay que dejar lugar para que la gratitud se pueda expresar de diversas formas, ya sea cantando u orando. El líder entonces debe *promover la oración de alabanza*. Debemos recordar que el tiempo de alabanza no debe ocuparse solamente en cantar. El tiempo de alabanza es el tiempo de participación activa de los hermanos. Las oraciones son también expresiones de alabanza. El Señor Jesucristo no nos enseñó mucho acerca del canto. Solamente tenemos constancia de que lo hiciera en el aposento alto junto con los discípulos. Pero sí nos enseñó mucho acerca de la oración. Le vemos orando y expresando su alabanza a Dios diciendo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños» (Mat 11:25). Bendecir es alabar...

DEJAR LUGAR A LOS TESTIMONIOS. Hemos visto como el salmista cuenta su propio testimonio invitando luego al pueblo de Dios a que se una a su alabanza. Glorificamos el nombre de Dios cuando le vemos actuando en nuestras vidas o en las de los demás. El líder debe *promover la aportación de los hermanos*. Pablo escribió a los corintios diciéndoles: «¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación...» (1Co 14:26). Esto nos hace ver que había una gran participación en las reuniones. Unos tenían un salmo, otros una enseñanza, otros una revelación y otros una palabra en lenguas o interpretación. Lo que esto revela es la gran riqueza espiritual entre los corintios. Pablo lo único que hace es poner orden pero no quiere apagar el espíritu. La riqueza espiritual de la congregación debe de manifestarse en las reuniones. El problema es que los responsables de alabanza quizás estén esperando que se oiga algún estruendo como en el libro de Hechos; que sople un viento recio; o que el local se llene de una densa nube como en el Templo de Salomón. Pero nada de esto necesariamente debe ocurrir. Lo que debe ocurrir es que nos edifiquemos. «Hágase todo para edificación» (1Co 14:26b). Para dinamizar el tiempo de alabanza necesitamos saber *cuál es el fin que perseguimos* para al final poder valorar si lo hemos conseguido o no. ¿Cuál es el fin que perseguimos?: la edificación y para edificarnos necesitamos la participación de los hermanos. El hecho de que haya poca participación puede ser evidencia de nuestra pobreza espiritual.

Quizás pueda ser arriesgado el dejar lugar a los hermanos pero si se hace con orden y sin acaparar excesivamente el tiempo puede ser de bendición. Es cuestión de ir educándonos en este aspecto. Si acostumbramos a la congregación a que el tiempo de alabanza sea un tiempo exclusivo para cantar entonces estaremos quitando toda motivación para aportar algo pero si vamos dejando lugar a la oración o, en un momento determinado, a la participación de los hermanos, puede contribuir a un enriquecimiento espiritual. Por el contrario, la no participación de los creyentes empobrece las reuniones reduciendo todo básicamente al ministerio o al don del que dirige la alabanza o al predicador. Los corintios tenían deficiencias en el orden, que son las que había que corregir, pero son el ejemplo y modelo de una iglesia viva «enriquecida en toda palabra y en toda ciencia» (1 Co. 1:5). Lo ideal es que toda la iglesia pueda aportar algo pero no para entretenimiento ni para ocupar tiempo. Lógicamente todos no pueden participar por falta de tiempo pero los que participen deben de hacerlo conscientes del propósito que se persigue. Lo ideal sería que todos profetizaran (1 Co. 14:1) y profetizar significa «habla(r) a los hombres para edificación, exhortación y consolación» (v.3). El que tome la palabra para dirigirse a la congregación debe hacerlo con esta motivación. Esto es lo que los pastores deben supervisar y conducir.

NO PERDER LA CAPACIDAD DE ASOMBRO. Dios sigue siendo «Aquel, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros» (Gál 3:5). No debemos perder la expectativa de lo que Dios puede hacer entre nosotros y en nosotros. Es preciso la fe, la oración de fe para creer que Dios: «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efe 3:20). Como bien decía Job: «El hace grandes cosas, que nosotros no entendemos» (Job 37:5). En la Escritura la alabanza es dinámica porque despierta el asombro, el sentido de admiración por Dios y las cosas que ha hecho. El gran reto del líder de alabanza es

incentivar la capacidad de asombro. Para ello debe hacer recordar las maravillas de Dios. El AT hace referencia continuamente a las «maravillas de Dios». El hebreo usa la palabra *palá*, que significa «admiración, hacer maravillas, maravillarse, milagro o cosa portentosa». La redención fue una de las primeras maravillas que vio el pueblo de Israel: «Yo les mostraré maravillas como el día que saliste de Egipto» (Miq 7:15). En el acontecimiento del Mar Rojo es donde especialmente se vieron aquellas maravillas. El Señor hizo maravillas en medio de su pueblo «Josué dijo al pueblo: Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros» (Jos 3:5). El pueblo de Israel continuamente hacía memoria de las maravillas de Dios. David exhorta en el salmo «Cantad a él, cantadle salmos; Hablad de todas sus maravillas» (1Cr 16:9); y más adelante dice: «Haced memoria de las maravillas que ha hecho, de sus prodigios, y de los juicios de su boca» (v. 12); «Cantad entre las gentes su gloria, y en todos los pueblos sus maravillas» (v.24). En sus maravillas, Dios muestra su omnipotencia. Nada hay que sea difícil o imposible para Dios. Él es el Dios que ha creado el cielo y la tierra. No tiene pues limitaciones: «¡Oh Señor Jehová! he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil (*palá*) para ti» (Jer 32:17). Dios sigue siendo el Dios que hace maravillas en su pueblo.